

El Idioma es Nuestro

por Sebastián Salazar Bondy

25/4 55

117

A pesar de constituir una nación mestiza, los peruanos celebramos el Día de la Raza; no obstante ser un país bilingüe, nuestro calendario registra un Día del Idioma. Nos gustan las solemnidades, aunque en el fondo no signifiquen algo concreto. Se trata de escribir o discursar sobre algún tema emocionante, y para ello hemos dispuesto ciertas efemérides cuyo sentido no es muy claro ni muy preciso. De esta clase me parece la reciente fecha de la lengua, que curiosamente hemos transformado de cervantina en idiomática. Por supuesto que Cervantes merece nuestro rendido recuerdo, nuestra admiración y nuestro culto, pero, ¿también el idioma? Esto es lo que tengo necesidad, en homenaje a la verdad, de poner en duda.

Nuestro Castellano

El castellano, o el español —la disputa sobre cuál es el nombre que mejor corresponde a la lengua está definitivamente terminada,— llegó a América con los conquistadores. Cayó intempestivamente en el crisol de otros idiomas y dialectos, y sufrió, con la vitalidad que le es característica, la influencia del nuevo suelo cultural. Y comenzó su transformación. Desde aquella oportunidad inicial a hoy no ha transcurrido un gran plazo. El fenómeno de la síntesis está aún en proceso. La revolución de la independencia trajo consigo una reacción intelectual y hubo quienes pensaron que era posible activar la conjugación de las lenguas autóctonas y el idioma hispánico por medio de una fórmula o receta universitaria. Alberdi escribía con afán profético y libertario: "Los americanos aceptan de España, por ser realmente preciso, el legado de su idioma, más a condición de mejorarlo, de transformarlo progresivamente, hasta la emancipación." El pronóstico romántico era acertado, pero fallaban en él los mecanismos que ofrecía como medios para conseguir la segregación de la lengua continental de su matriz peninsular. Más tarde, sobrevino la etapa conciliatoria. Los americanos fueron a la Academia —entre ellos Ricardo Palma— a solicitar la incorporación del caudal criollo al seno total del castellano. Hubo incompreensión y hasta desdén. La tercera etapa es de cortés pero franco distanciamiento.

El castellano es nuestro: he aquí una verdad que la mayoría española se niega a admitir decididamente. Por eso tenemos el más amplio derecho, los millones que lo hablamos en tierras de América, de adecuarlo a nuestras necesidades, de convertirlo en un instrumento útil, de ponerlo al servicio de nuestro particular espíritu. Y, sobre todo, hacemos uso de una facultad inalienable si nos esforzamos por fundirlo con los idiomas nativos con el fin de obtener un cuerpo lingüístico único. Estimular la incorporación de vocablos quechuas o aymaras al castellano constituye, en cierto modo, un esencial deber de todo aquel que aspira a ver al Perú como una absoluta comunidad.

Legítimar y Dignificar

Pero el Día del Idioma posee, por lo menos en aquellos que lo celebran públicamente, otro sentido. Parece que la norma consiste en añorar las formas españolas perdidas y denigrar las for-

mas americanas nacientes. Echar lágrimas porque aquí no hablemos con la pronunciación española de la "c" y la "z" o porque entre nosotros no ha tenido fortuna el "vos" y sus derivaciones, se me ocurre una mayúscula tontería. Tan mayúscula como desgarrarse las vestiduras por razón de que el pueblo dé vida continuamente a vocablos que expresan ideas y conceptos nuevos. La perfección de un idioma consiste primordialmente en el hecho de que está capacitado para recibir en su arsenal nuevas palabras, brotadas en los labios populares dentro del molde que su ánimo secular procura. Disculpenme los puristas, academistas y españolistas si declaro que vocablos como "trome", "siútico", "mariachi" y "macana" —peruano, chileno, mexicano y argentino, respectivamente— están enteramente dentro del espíritu del español: no sueñan como sajones, germánicos o gálicos. El proceso que se inició con el advenimiento de los conquistadores a las latitudes pobladas de nuestra América está en marcha, y no hay Día del Idioma que lo detenga.

No es que el que esto escribe esté en la corriente, por suerte ya sobrepasada, que pretendía establecer en cada país del continente un idioma propio, nacional. No es el caso de establecer una diferenciación objetiva entre el castellano de España y el del Nuevo Mundo. Es, más bien, la defensa del poder que tiene la lengua de Castilla de convertirse en cada vez más nuestra por el hecho de ser, igualmente, cada vez más capaz de expresar nuestro modo de proceder, nuestra conducta vital, nuestra existencia. El procedimiento, como decía Amado Alonso, no es animar una lengua independiente sino 'ser agentes en el perpétuo evolucionar de la lengua culta, legitimando los buenos usos locales y dándoles la más alta dignidad'. Esa legitimación y esa dignificación se realizará llevando las palabras nuevas a nuestra habla diaria, a nuestra relación cotidiana y a nuestra literatura, toda vez que nos hagan falta y nos faciliten la comunicación con los demás.

Orgullo Creador

Jorge Luis Borges contestó en cierta ocasión a Américo Castro sobre los escrúpulos de éste con relación al habla popular argentina. El gran prosista del Plata abundó en razones sobre el derecho que asiste a los americanos para variar el castellano. Señaló en aquella oportunidad los defectos del idioma de España: monótono predominio de vocablos, excesivo relieve de las palabras, ineptitud para formar palabras compuestas, y apuntó las incorrecciones en que incurrieron los españoles al hablar: confusión entre acusativo y dativo, decir "le mató" por "lo mató", dificultad para pronunciar "Madrid" o "Atlántico", etc. Lo cual probó que nadie puede tirar la primera piedra. Españoles y americanos usufructuamos un mismo campo, estamos asociados en una empresa idéntica, y lo que unos y otros pongamos para obtener una buena cosecha debe ser ponderado justamente. El Día del Idioma en América, si lo celebramos, debe ser el día de nuestro derecho idiomático y, por eso, el de nuestro orgullo creador.